



NUM. 9. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 28 DE FEBRERO DE 1869. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

## REVISTA DE LA SEMANA.



felizmente para la humanidad, no sólo se ha terminado en paz la pequeña desazon entre griegos y turcos, sino que los diplomáticos Lavalette y lord Lyons proponen á todas las potencias europeas, que en caso de romper la buena armonía con

sus vecinas, no vayan á darse de las astas con escándalo de los apóstoles de la fraternidad humana, sino que nombren un juez de paz, ó diplomáticamente hablando, un congreso internacional compuesto de un representante de cada nacion, para que reunidos en París, que es el sitio de moda para las conferencias, salga de vez en cuando un telégrama anunciando al orbe, que *encore une fois* se ha salvado el mundo. ¿Quién duda que cuando los hombres tengan juicio y dejen de ser niños grandes, aficionados á jugar con cañones, fusiles, y uniformes, tenga el distrito europeo su alcalde de barrio que meta en costura á los turbulentos? La locura de armazon ofensiva y defensiva que estamos presenciando, tal vez sean los últimos respiros del reinado bárbaro de la fuerza, que abdique pronto su soberanía espantada de su misma obra. Dios lo oiga y el pecado se acorde.

El orden diplomático acaba de perder otro miembro distinguido en la persona de Fuad Pachá, eminente ministro turco, no menos conocido por sus obras poéticas, en lo cual obedecía á la ley de casta, pues era hijo de un famoso poeta de la Turquía y sobrino de una dama celebrada por sus composiciones en verso. Nació Fuad Pachá en 1814, y educado con esmero, abrazó la carrera de la medicina, que muy luego aban-

donó eligiendo la diplomacia por campo de sus triunfos y pedestal de su renombre. Representaba en política el espíritu de la escuela de la joven Turquía, y culto en sus modales, fino en su trato, adornado de todos los conocimientos que constituyen lo que se llama un caballero, llamaba tanto la atención por su talento y gracia en los círculos elegantes, como por sus actos y proyectos en el gabinete. Muy sentida ha sido su pérdida en Constantinopla, ahora que, hecha la paz, reconstruido el ministerio, nombrado Alí Pachá ministro de Estado y gran visir del Imperio, y elevado al nuevo departamento de Gobernación otro turco ilustre, se proponía el sultan atender á las reformas administrativas y económicas que tanto reclama su organización para entrar en el concurso de las naciones civilizadas. También se ha formado en Atenas nuevo ministerio que tiene á su cargo tarea larga para destruir y enderezar todos los males y entuertos que trae consigo la preparacion para una gran campaña en un pueblo que no estaba para fiestas.

El Congreso norte-americano ha proclamado ya el escrutinio de votos y la consiguiente declaracion oficial del general Grant como presidente: el cual declaró que desempeñaría con toda fidelidad los deberes de su elevado cargo, llamando en torno suyo á los hombres más notables y celosos por llevar á cabo sus principios de economía y honradez. Por inepto que fuese este hombre público, siempre que cumpla lo que promete y tenga ojo de buen cubero en la eleccion de personas, podrá gobernar como un gerifalte. Isabel de Inglaterra y Carlos III de España, se han hecho famosos por sólo este particular instinto.

Tristes, por extremo, son las noticias que podríamos dar acerca de nuestras Antillas, y que por otra parte tendrán ocasion de ver nuestros lectores en los periódicos diarios que con el mayor interés publican cuanto se refiere á nuestros hermanos de América. No por eso dejaremos de mencionar la oportuna obra del señor Labra intitulada: *La pérdida de las Américas*, en cuyo trabajo estudia y espone la política de la junta central, de la regencia y de las Cortes de Cádiz para con la América, así como la conducta seguida por los vireyes y capitanes generales en Méjico, Venezuela y Buenos Aires. El objeto del autor es impedir que los sucesos de hoy en Cuba sigan la marcha y acaben del mismo modo que los de 1814.

En nuestra España la atención se concentra como es regular en los debates y curso de las Cortes Constituyentes, las cuales, hasta ahora, poca novedad de interés ofrecen para los pueblos, ocupadas en la verificación de las credenciales y en la discusión del voto de gracias al gobierno provisional, á que naturalmente habia de oponerse la minoría republicana, que le diera de buena gana un voto de censura. Con este motivo se han pronunciado discursos notables por republicanos y monárquicos. La resolución á que ha de llegarse en breve fijará por ahora la omnipotencia de las Cortes, dando así tiempo y lugar para la eleccion de la persona del monarca y el establecimiento de las bases del futuro gobierno, en cuya constitucion no deberán los diputados dejar de marcar visiblemente la superioridad del cuerpo legislativo, acercándose en esto al modelo del sistema inglés, que ha producido los mejores resultados. Hágase que todos los poderes inclinen la frente ante el omnímodo y hoy único legítimo de la soberanía pública, y se evitarán muchos males, conflictos y reacciones, que es el origen de nuestro atraso en el orden político. Por lo demás deseamos que luego entren los representantes en la serie de discusiones positivamente beneficiosas á la nacion, y no se pierda el tiempo que reclaman graves necesidades é intereses, para lo cual tenemos una garantía en la actividad del presidente de la Asamblea.

Entre las muchas, grandes y varias cuestiones que habrán de someterse á su decision é iniciarse por varios diputados, creemos que no faltará quien traiga al debate la cuestion de los derechos de herencia en el Principado de Cataluña, con lo cual veríamos la singular coincidencia de que en España y en Inglaterra se removía al mismo tiempo este resto de antiguas legislaciones. En Inglaterra se ha comenzado desde este año á agitar la grave cuestion de los derechos y privilegios de primogenitura, cuestion que, como dice la prensa liberal, hasta que se conozca, para que el sentimiento de la justicia la decida inmediatamente.

En Inglaterra, como en todas partes, han existido grandes abusos, por el sólo hecho de vivir entre las sombras y las tinieblas. Hoy que, por primera vez, se alza el velo de un antiquísimo abuso, á que la prensa, hasta ahora aristocrática en su mayoría, ó mejor dicho, en su totalidad, no habia podido dirigir un fuerte ataque, puede tenerse por cierto que la cuestion se

halla decidida *in pectore*, y que sólo un resto de preocupaciones y el influjo de los interesados podrá retardar más ó menos su fallo definitivo.

Respecto á España, creemos que suceda lo mismo cuando se conozca á fondo el estado peculiar de la legislación en Cataluña en materia de herencias; y para conocerlo, no hay como pasar la vista por el folleto ó exposición dirigida á los diputados de nuestras Constituyentes por el señor don Joaquín Casanovas y Ferran, que con extenso conocimiento de los *Usages, constituciones y costumbres de Cataluña*, pone de manifiesto los abusos, injusticias y privilegios de la institución llamada de los *hereus*, haciendo notar que cuando la nación en masa ha realizado una revolución invocando las instituciones democráticas bajo la forma que resuelva la voluntad nacional, no tienen ya razón de ser las leyes especiales antiguas que se fundan en los principios del feudalismo. Veremos qué actitud toman en esta cuestión los diputados catalanes, que seguramente han de obrar inspirados en sentimientos de equidad y de justicia.

Las provincias van respondiendo á las esperanzas concebidas por los amantes de la difusión de los conocimientos, pues, según vemos, se ha celebrado en Valencia una junta de profesores de diversos ramos de enseñanza, ingenieros y personas de distinción en la cual se tomó el acuerdo de abrir cátedras libres para el complemento de la instrucción de los artesanos. Las asignaturas de estas cátedras muestran, que el objeto de los asociados es eminentemente práctico y que producir á beneficios positivos, pues á más de otras que deberán instalarse se explicarán desde luego Economía industrial popular.—Hidráulica y motores hidráulicos.—Topografía.—Industrias rurales.—Curtido y tinte de pieles.—Cincelado en metales.—Descriptiva y corte de maderas y corte de piedras. Deseamos que los alumnos correspondan á esta buena voluntad de los profesores, y no sigan el ejemplo de las clases gratuitas establecidas en Madrid en la Universidad central en donde, por desgracia se va notando una deserción paulatina que concluirá tal vez porque se cierran las puertas. ¿En quiénes está la falta? ¿Son malos los métodos de los profesores ó peores las condiciones de los oyentes? Es posible que haya de todo; pero no hay duda de que los mismos operarios que suelen desertar de las clases, son muy asiduos en asistir á los ejercicios de fusil como voluntarios de la libertad. Cualquiera se inclinaria á desesperar de que se arraigue en España otra disciplina que la militar ni se aprenda otra ciencia que la de marchar como autómatas y cargar un *Chassepot* por la recámara. Sin embargo, aun confiamos en el pueblo que diariamente clama contra el influjo de la profesión del sable y contra la ciencia de comerse unos á otros.

Una nueva exposición acaba de anunciarse por la celebrada sociedad holandesa *Arti et Amicitiae*, que tendrá lugar en Amsterdam, hácia principios del mes próximo de abril. La exhibición comprenderá exclusivamente armaduras modernas, banderas, instrumentos de música guerreros, insignias de órdenes militares, medallas conmemorativas de grandes hechos de armas, juntamente con modelos y libros curiosos relativos al arte de la guerra. Con perdón de los señores socios iniciadores no nos parece gran cosa el pensamiento y preferimos la exposición de Utrecht, cuyo objeto es eminentemente humanitario y beneficioso para los pobres.

¡Oh admirables progresos del siglo en que vivimos! ¿Cuándo llegaremos nosotros á cantar públicamente tus maravillas como las cantan otros mas afortunados? El caso, como quien no dice nada, es nada menos que anunciar un comerciante de Londres por medio del órgano mas popular de la prensa, que tal día como hoy envió á su corresponsal en Calcuta un telégrama consistente en treinta palabras, á las once y media de la mañana, y á las seis y pico de la tarde tenia en su poder la respuesta minuciosa á su telégrama matutino. Nosotros nos contentaríamos con que una carta remitida desde Madrid á Carabanchel el de abajo, tuviera respuesta en el mismo breve plazo de tiempo, lo cual no es pedir gollerías. Nosotros somos mas morenitos y tenemos más alma y más *aquel* que los hijos de Albion; pero tenemos la desgracia de andar más despacio y podemos con Garcilaso repetir:

«Y cierto no trocará mi figura  
Con ese que de mí se está riendo:  
Trocará mi ventura.

Una gran novedad han ofrecido nuestros teatros en esta semana, y es la representación de la reina de las óperas de Mozart, *Don Giovanni*, que tan contadas ejecuciones ha tenido en España. Nosotros creemos que esta ópera debiera formar siempre parte de las funciones de toda temporada en un teatro como el de Madrid, imitando en esto la loable costumbre, ya erigida en ley, de los empresarios de los primeros teatros de Europa; que considerando esta producción como el arquetipo de la música cómica y dramática, pagan el debido homenaje á su inspirado autor con incluirla siempre en su repertorio. Conviene, en efecto, que aparte las preferencias y aficiones de cada centro flarmónico hácia los diversos maestros que modernamente

han imperado en el teatro, se regale el oído de vez en cuando admirando la espontánea y lozana creación del padre de los compositores, en cuyo fértil campo, cuál más, cuál menos, ha recogido fruto. Hoy que en la música se van introduciendo estilos, sistemas y escuelas tan revolucionarias como diversas, tampoco dejaria de ser conveniente que el oído repose y guste de la pureza de un modelo que mientras más se escucha parece aumentar más la riqueza de sus tesoros. La prolongada ausencia de los carteles de la gran ópera de Mozart, no puede, por otra parte, comentarse de una manera favorable para nosotros; pues indica una de dos cosas: ó que no tenemos cantantes que la ejecuten, cosa que afortunadamente no es cierto, ó que el público español no sabe apreciar su mérito, aserción que tampoco estamos por admitir. Desearíamos, pues, que nuestros empresarios siguiesen siempre el ejemplo tan acertado de hoy, para que al menos, en este punto, vayamos de par con la costumbre de los demás teatros principales de Europa.

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

## BENEFICENCIA.

ALGO ACERCA DE SU HISTORIA EN ESPAÑA.

(CONCLUSION.)

Basta su nombre; basta el nombre de Isabel la Católica para significar los progresos de la beneficencia, como era símbolo de nuestras glorias.

Cuando la contemplamos visitando los hospitales con el cariño y la solicitud de una madre, no menor asombro nos causa, no menos veneración nos inspira que al desprenderse de sus joyas con celestial magestad para que hallara Colón un nuevo mundo.

Los gravísimos cuidados que se imponía en la gobernación del reino, no la impidieron crear edificios de primer orden, para albergues de la caridad en varias poblaciones y lugares, destinándolas principalmente á la asistencia de enfermos. Secundábanla en tan altas miras las personas mas ilustres de su corte, entre quienes se distinguió doña Beatriz Galindez, la *Latina* (1), fundando en Madrid el hospital del mismo nombre, contiguo á un convento de religiosas de la orden de San Francisco, á fin de que cuidasen de los enfermos.

Patronos de obras benéficas fueron también los insignes prelados Jimenez de Cisneros, Talavera Mendoza, Tavera y otros que entonces fueron lumbreras de la Iglesia y prez de España. Aun admira el viajero los magníficos restos del hospital fundado en las afueras de Toledo por uno de los mencionados, el cardenal Tavera, cuyo sepulcro, en el centro de la iglesia levantado, es una obra maestra de Berruguete, un mausoleo magnífico.

Tantos imitadores tuvieron estos elocuentes ejemplos, tanto cundia por donde quiera la ardiente llama de la caridad, que numerosos y grandes edificios tendidos hasta allí por suficientes, parecieron pequeños y miserables á la generosidad y largueza de aquellos bienhechores, para el abrigo de los desgraciados, habiendo sido en consecuencia ampliados y refundidos, al par que otros nuevos se creaban.

Distínguese entre ellos el hospital de Santiago de Compostela, creado por los mismos Reyes Católicos; suntuoso monumento en donde fijó su asiento en 1504, la congregación del Santo Apóstol, alcanzando pocos años después las primeras constituciones, cuyo artículo primero disponia que hubiese en dicho establecimiento cuatro capellanes extranjeros, uno francés, otro alemán, otro flamenco y otro inglés.

No sólo se abrieron sus puertas para todos los enfermos, escepto los de dolencia contagiosa, sino también para cuantos diariamente pudiesen recoger en las calles dos personas designadas al efecto.

Otro de los artículos disponia la apertura de una biblioteca pública en el propio establecimiento.

¡Qué hermosos adelantos! ¡Cuál conmueven el ánimo! No menos notable y grandioso es el hospital de la *Sangre* de Sevilla; monumento de la beneficencia de aquella época, frecuentemente visitado por la magnánima Isabel.

Aumentáronse las Universidades y colegios con notable acrecentamiento en sus fines de caridad, y las casas de piedad, llamadas de Misericordia, llegaron á ser innumerables. Pero mas importancia tuvieron ciertos institutos, aun hoy famosos.

San Ignacio de Loyola, al establecer los jesuitas, echaba los cimientos de una enseñanza superior, casi desconocida hasta entonces, mostraba senderos luminosos á la marcha de las ciencias; y llevando sus discípulos las fecundas semillas de la fé, con los progresos de la civilización á las mas incultas y apartadas regiones, elevaron á un grado altísimo la idea de la beneficencia.

San José de Calasanz en la modesta cuanto bella y útil ocupación de educar á los niños pobres, en sus *Escuelas Pías*, fue digno émulo de San Juan de Dios,

(1) Se la llamó así por haber sido preceptora de latinidad de la reina Isabel.

fundando la órden de los *hospitalarios*, para no separarse nunca del lecho del dolor de sus hermanos.

Brillan igualmente, al lado de nombres tan venerandos, los de San Juan de la Cruz, San Francisco de Borja, Santo Tomás de Villanueva y fray Pedro Ponce, á cuya investigadora actividad se debe mas que á Juan Bonet el arte de hablar los sordo-mudos.

Hay épocas de gloria para los pueblos, en las cuales parece que la misma mano de la Providencia levanta á una esfera grandiosa cuantos elementos los constituyen. Tal fue para España la época de los Reyes Católicos, la de la epopeya de la reconquista, la del Nuevo Mundo, la del *Garellano* y *Cerignola*, la hermosa época de la beneficencia, llamada del *renacimiento*, hasta fines del siglo XVI, mas de cien años.

¿Quién sino la caridad sostuvo el ánimo esforzado de Colón y ocasionó la realización de una obra sublime? La caridad, sí, la caridad de fray Juan Perez de Marchena, el excelente varón, guardian de la Rábida, dando albergue y sustento al mísero caminante extranjero y á su hijo y alentándole de un modo nobilísimo en su sobrehumana empresa: la caridad de Isabel desprendiéndose de sus joyas.

Bien quisiéramos decir algo, ya que á este punto llegamos, de la beneficencia de nuestros conquistadores de América; beneficencia que rivalizó con la del suelo patrio y en muchos casos la sobrepujó; pero en otra ocasión nos ocuparemos de ella, con la distinción que merece. Ahora, sin embargo, no podemos resistir al deseo de transcribir el siguiente juicio de un eminente historiador americano (1): «Cortés murió en España, y por amor que tenia al país que habia conquistado quiso que sus huesos se trasladasen á Méjico, fundando en esta ciudad un establecimiento de beneficencia, de que goza la población por tres siglos. Esta misma conducta siguieron todos los españoles que se enriquecieron en España, y á ella se deben tantas fundaciones como dejaron; y todo esto era efecto de los principios religiosos fuertemente establecidos en aquellos hombres.»

Era de notar lo estacionario de las formas de la beneficencia, cuando todo variaba á su alrededor. A pesar del influjo del Estado no regia en ella mas ley que la de la voluntad particular, por la anomalía de las fundaciones y la independencia de su administración. Las voluntades no pueden sucederse en la paridad de miras y armonía de condiciones; así es que el desprendimiento, la generosidad y el desinterés de los patronos, no siempre se transmitían á sus sucesores, y muchos de estos solian establecer abusos en vez de mejoras, adquirir deudas en vez de recursos, y dejar el desorden económico en lugar de la pureza administrativa.

Entonces acudió la iglesia, como de costumbre, al remedio del mal, y el Concilio de Trento dispuso que los ordinarios vigilasen los hospitales, cuidando de su recta administración, y que los obispos, en su calidad de delegados de la Santa Sede, en los casos prescriptos por el derecho, sean ejecutores de todas las disposiciones piadosas é inspeccionen también los hospitales, dando este nombre á todas las clases de establecimientos de beneficencia; y, por tanto, establece además la obligación de los administradores de dar cuentas anuales á los obispos; y en el caso de que debieran rendirse á otras personas, ya por privilegio ó por costumbre, ó por alguna constitución local, que intervenga en ellas el ordinario; y de no verificarse así, que no aprovechen á los administradores las aprobaciones que obtuvieren.

Lastimoso es manifestar que las leyes del Reino ayudaron muy poco á aquellas y otras sabias disposiciones canónicas en un tiempo en que la idea de beneficencia lo debía todo á la idea de religión. Pero aquí no debemos censurar.

No hablemos tampoco de las causas que produjeron el espantoso desarrollo de la mendicidad en España, teniendo en cuenta que principalmente se debieron á nuestra prodigalidad, á la excesiva beneficencia, por decirlo así, de nuestra patria. Cualquiera mendigo estaba seguro de no morir de hambre y de vivir holgadamente. ¿A qué trabajar pues? Y si no se trabajaba, ¿de donde habia de salir la producción? El pueblo bajo español ha necesitado ser un verdadero hijo pródigo, como el de la parábola, para volver al seno del trabajo y á las fuentes de la prosperidad.

No quisiéramos tampoco detenernos á detallar cada una de las circunstancias que á nuestra decadencia concurrieron y á la postración irremediable de la beneficencia, durante los siglos XVII, XVIII y principios del actual.

Felipe V creando hospicios sostenidos con arbitrios locales y provinciales, de un modo permanente, y reglamentándolos, si bien reanimó la beneficencia pública, ya desde entonces claramente distinta de la privada, no hizo bastante uniforme su administración ni estableció un centro indispensable de acción para regir á los establecimientos. Mas, al instituir los Montes de Piedad, procuró á España un beneficio incalculable, que ya en el siglo XI disfrutaban en Italia y Alemania.

Los prósperos reinados de Fernando VI y Carlos III debieron ser igualmente felices para la beneficencia; y en efecto, medrado el país en recursos, al abrigo de la

(1) Alamán, *Historia de Méjico*.

paz, crecieron las asociaciones piadosas; creáronse nuevos establecimientos, tales como el hospicio de Oviedo, obra debida al famoso regente Gil de Jaz, y volvió á fecundar nuestro suelo el espíritu de caridad, como en sus tiempos mejores, pero con mas reflexion, con mayor cordura, con mas ilustracion.

Creóse además una legislacion prudente, una verdadera legislacion que respondiese á las necesidades del ramo; y la organizacion que se dió á la mayor parte de sus establecimientos aun continúa con éxito.

No obstante, ha sufrido la beneficencia grandes transformaciones en nuestros dias; buenas algunas, malas ó inútiles otras, aceptables muchas: todas obedeciendo á la ley invariable del progreso, por caminos ya rectos ya tortuosos. Su importancia merece un capítulo aparte, y damos aquí por terminada nuestra escursion histórica.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

## REVISTA DE MUSICA.

DON GIOVANNI.

Reanudando de nuevo nuestras tareas de poner en conocimiento de los lectores del MUSEO UNIVERSAL las obras de música que se ejecutan, pues rarisimas veces, por desgracia, se crean ya en nuestro país, vamos á empezar nuestras revistas con la sublime y mas acabada del maestro de Salzburgo, puesta en escena en el teatro nacional de la Opera el martes 23 del actual.

Henos, lector amigo, ante Mozart, ante la suprema inteligencia y el gusto supremo en todos los efectos de timbre y sonoridad, ante todos los prodigios y las riquezas que encierra el arte en el desenvolvimiento y la disposición del conjunto.

Cuanto mas se profundiza y estudia el trabajo del salzburgués, mas llama la atencion, por no encontrarse en ningun repertorio una cosa ni aun parecida, la unidad de la composicion, que la envuelve como un mandato de gran precio. En ella, pues, todos los personajes tienen un carácter musical fuertemente delineado, en relacion con el suyo propio, y que no se desmiente en ninguna situacion.

Hay, en efecto, tal precision en ellos, que ni una frase del canto de Elvira convendría á la fisonomía de doña Ana, ni una nota de don Juan á don Octavio. Es una constancia en la individualidad, que sólo los grandes maestros del lenguaje nos presentan alguna cosa parecida. El canto de Elvira es siempre triste y doloroso como debe ser la voz de una infeliz mujer bastante débil para no renunciar al hombre que huye de ella; el de Zerlina es siempre ligero, gracioso, de un gran candor, como el alma de una jóven ingenuamente coqueta; el de doña Ana, profundo, sombrío, trágico, como el carácter de una mujer orgullosa y varonil, que guarda hasta el dintel de la tumba un dolor sin remedio.

En los hombres la personalidad se destaca mas claramente una de otra; Leporello tiene el acento de un perezoso, cuyo miedo es siempre cómico; el de Mazetto representa la torpeza de un campesino, al paso que el estilo brillante, sonoro, audaz de don Juan, distingue perfectamente al fogoso caballero. Obsérvese despues la armonía con que vienen á confundirse aquellas diversas tintas: júzguese el tono general, y se verá que Mozart es tan buen observador y gran colorista como Giorgione, Velazquez ó Rembrandt.

Si del *complezzo* pasamos á los detalles, la admiracion crece de punto. ¿Qué tipo hay de una ejecucion mas difícil que la parte de Leporello? Para cantarla de un modo irreprochable, ¿qué cualidades no se necesitan? En primer lugar es preciso que la inflexion cantada y la hablada vengan á confundirse en él en un grado de perfeccion absoluta, para que pueda brillar el sentido de las palabras y dar relieve al pensamiento. La exactitud rítmica es igualmente necesaria; porque si durante las corcheas que ejecuta la orquesta en el pasaje, en la mayor

*V'han damine, fattoresse,  
contessine, baronesse*

la voz se desenvuelve en notas con puntillo, el efecto es imposible; comprometiendo el pasaje, ya que no se le destruya por completo. Añádase á esto las medias tintas del *andante* y sus frases descriptivas que reclaman imperiosamente la espresion de la mirada y el juego de la fisonomía, y luego el talento y la habilidad para llevarlo á cabo.

Si pasamos despues á la linda escena popular, en que los campesinos de las cercanías se reúnen para celebrar la boda de Zerlina, el contraste no puede ser mas delicioso. La llegada de don Juan, su disputa con Mazetto y el *duetto* célebre:

*La ci darem la mano,*

completan esta situacion que, por la gracia, el conjunto y la pureza, recuerda las mas poéticas obras del Corregio y Rafael como dice un crítico de nuestros dias.

Las frases de Elvira al acudir al socorro de Zerlina cuando es arrastrada por don Juan, encierran rasgos de una energía poco comun, que vuelven á aparecer

en el *quartetto* que llega á continuacion, y en el que don Juan quiere hacer pasar á su esposa por loca á los ojos de doña Ana y don Octavio. En esta pieza no huelga nada; todas las pasiones hablan en ella su lenguaje propio, cada nota tiene su razon de ser: el desprecio que manifiesta doña Elvira, la tristeza de doña Ana, el caballeresco acento de don Octavio y la astucia de don Juan aparecen alternativamente en frases de una observacion perfecta, que revela en el músico un profundo conocimiento del corazon humano. La consecuencia del *quartetto* es un *aria* de doña Ana, cuyo recitativo, en el que la hija del comendador cuenta á su prometido la audaz tentativa de que fue victima, es una soberbia inspiracion. En este, todo es un modelo, la última palabra de la declamacion lírica, lo mismo que el *aria* en *re* mayor, siempre sostenida en un fondo admirable de instrumentacion, y sublime esfuerzo de lo sublime dramático.

Pero don Juan no es hombre de pararse ante las lamentaciones de su esposa y las imprecaciones de doña Ana. Don Juan piensa en la fiesta que prepara en su palacio.

Penetremos, pues, en la opulenta morada; entremos en sus jardines encantados, para asistir á las peripecias conmovedoras, en las que el compositor se nos revela en todo el esplendor de su genio.

Entre los fragmentos mas célebres de esta parte de la obra, nos sale al paso, en primer término el *aria* de Zerlina implorando perdon de su desposado. ¡Cuánta gracia y finura en esta deliciosa inspiracion melódica, tan bien acompañada por la orquestacion! ¡cuánto gusto y delicadeza en todos los dibujos y bordados de los violines y violas unidos á la armonía! Los violoncellos, sobre todo, representan en ella un papel muy importante, por el *pianissimo* de la orquesta. ¡Lástima grande es que en el teatro de la Opera no todas las veces los otros instrumentos de cuerda permitan oír, sin cierta confusion, el diálogo que se entabla entre Zerlina y los bajos!

Llegamos al *terzetto*, llamado de las *máscaras*, entre doña Elvira, doña Ana y don Octavio, reunidos por un peligro comun. Esta pieza, que es una encantadora plegaria dirigida al cielo por los tres personajes, resume todo lo que la claridad de la forma, la elegancia del estilo y la espresion patética pueden realizar de mas perfecto. ¡Y sin embargo, tiene un siglo de fecha!

Una vez en el salon del festin, empieza la fiesta; pero no un baile, sino tres á un tiempo, un *minuetto* en  $\frac{3}{8}$  por la orquesta principal, un wals y una contradanza por las dos del palco escénico, que no anduvieron muy acordes siempre el martes pasado, y cuyos ritmos diversos contrastan de un modo singular.

De pronto se oye un grito, la concurrencia se precipita á la puerta á presenciar la entrada triunfante de don Juan, que para engañar de nuevo á sus convidados trae de una oreja á Leporello, al que amenaza atravesar con la espada. Pero sus esperanzas no se cumplen esta vez. La indignacion estalla en todos los corazones. Doña Elvira, doña Ana y don Octavio quítanse las máscaras, mezclando sus imprecaciones á las de todos, desesperados por el cruel destino que los sujeta á la vida de don Juan. Esta situacion imponente arrastra consigo el final extraordinario que, la primera vez que fue ejecutado en el teatro, produjo un gran estupor. La verdad es que nunca se habia oido cosa semejante en escena lírica alguna.

Despues del lindo *terzetto* del balcon, y la *serenata* de don Juan, con su delicioso acompañamiento *pizzicato*, llega el *aria* de Zerlina, obra maestra de gracia, y el tradicional *sestetto*, cuyo corolario es el *aria* de don Octavio.

Aproxímase el final. El *duetto* entre don Juan y Leporello ante la estatua del comendador predispone el ánimo para la grandiosa escena del convite, obra maestra entre las mas sublimes, concepcion colosal, que espanta y anonada á la vez.

Los efectos que surgen de todos lados en aquella instrumentacion desordenada al par que terrible, aquel diálogo formidable y lúgubre entre los dos personajes, no tienen nada comparable hasta ahora en el lenguaje de los sonidos humanos; son gritos quejumbrosos, rugidos sordos, voces siniestras, acentos de desesperacion que nacen y se levantan con todo el poder formidable de su imponente magestad contra el impío profanador de la ceniza de los muertos, contra el blasfemador del cielo, contra el desenfadado disoluto, que se revuelve y trata aun de luchar en vano bajo el brazo implacable del comendador.

El efecto que produce este conjunto en el espíritu del espectador, es grande, prodigioso, inmenso. Ignórase de donde vienen aquellas armonías salvajes, desconocidas, aquel soplo infernal que abrigan los acordes de los trombones, que, mudos durante la obra, se presentan de repente en la instrumentacion para aumentar el terror de este formidable desenlace, que se diría surgir de las entrañas de la tierra, mas bien que de la cabeza de un hombre, y cuyo parecido es el gigantesco cuadro del *juicio final* de Miguel Angel, última palabra de la pintura hasta el presente.

De este modo termina la composicion de Mozart, que nunca será popular, porque no á todos es dado comprender lo sublime, pero ante la cual se inclinará

el arte de todos los tiempos; que jamás podrá apreciar el vulgo en su verdadero valor, pero que es el supremo esfuerzo de la música lírico-dramática, composicion, en fin, que debe oírse aunque no sea mas que una vez en la temporada, siquiera para demostrar que no ha muerto aun en la tierra ingrata el culto de lo bello.

Pocas palabras podemos decir á nuestros lectores de la ejecucion, pues siendo esta en extremo difícil, raras veces se consigue una excelente, á lo menos en su conjunto, por las complicaciones que presenta la obra del salzburgués, hasta para cantantes de primer orden.

Encargada la señora Lagrua de la parte de *donna Anna* hizo alarde de su gran talento escénico y estudio, á fin de evitar los escollos que aquella le presentaba á cada paso. Al final del acto tercero la *prima donna* *d'obbligo* de nuestro gran teatro de la Opera cantó la preciosa *aria* que es ya una costumbre suprimir desgraciadamente con otros excesos.

Como en la temporada anterior, la señorita Sonnieri ha tenido á su cargo la parte de *donna Elvira*, que interpreta con el buen gusto é inteligencia de siempre. Igual observacion nos merece en la de *Zerlina* la señorita Reboux, si bien no todas las veces, á pesar de sus esfuerzos, alcance la gloriosa meta en la mas bella de las obras de Mozart, de la mas pura creacion de su alma, el ideal de su corazon.

Los señores Baragli, *don Ottavio*, Boccolini, *don Giovanni*, Varvaro, *Mazetto*, y Selva, *Leporello*, aparte alguna que otra exageracion en sus respectivas partes, efecto, sin duda alguna, de dar mas relieve á la sublime obra del salzburgués, todos estuvieron á la altura de su reputacion.

VICENTE CUENCA.

## TEATRO POLITICO-SOCIAL

DE DON JOSÉ MARÍA GUTIERREZ DE ALBA.

En lo que no hay duda de ningun género es en la inflexibilidad con que los hechos responden en la historia á la ley que marca los períodos de estas manifestaciones del arte. Dichos períodos son aquellos en que los fundamentos de la creencia de los pueblos se hallan conmovidos, en que el espíritu vacila en medio de oleages opuestos y de corrientes contrarias; períodos, en fin, de transicion, de crepúsculo, de destruccion y elaboracion, en que la inteligencia, como si estuviese colocada sobre una cumbre desde donde se divisan dos mundos, envuelto el uno en las sombras de la duda y el otro en las del misterio, en vez de exhalar un ¡ay! que pinte su angustia, ahonda sus heridas y escribe con hiel su historia y narra su estado con sardónica sonrisa. El ingenio adopta entonces lo que llamamos una línea de conducta *pesimista*. Recarga, ó mejor dicho, acumula los dolores y las miserias por ver si la intensidad del efecto produce el remedio de las causas. De la oportunidad y destreza de esta operacion depende en muchos casos la solucion de grandes y embarazosos problemas, porque la humanidad que parece que debiera despertar siempre á la voz de la razon, suele entrar en modorras de las que sólo le saca el ruidoso despertador del ridículo, resorte que influye en una especie de poder latente, capaz de producir movimientos involuntarios, espontáneos y efectivos, resorte, en fin, que saca fuerzas de la flaqueza misma.

¿Quien duda hoy del poderoso influjo de Beaumarchais en el gran movimiento que ha dado vida nueva y forma nueva á las naciones civilizadas? Jamás pudo gloriarse apóstol, filósofo, tribuno ni conquistador de alcanzar mas prodigioso efecto con su credo, sistema, principios ni legiones que el logrado por este ingenio con su célebre é inmortal trilogía de *El Barbero de Sevilla*. En este admirable cuadro están todas las miserias, vicios, errores, abusos, martirios, lágrimas y sarcasmos de la sociedad antigua que sentia derrumbar sus cimientos, y que el poeta, con una sonrisa que oculta la hiel del alma, entrega al pueblo en la escena para que se ria y reconociera su retrato, y dicho el pueblo que le reconoce, porque aquel pueblo se ha salvado, y despues de reír le saldrán los colores al rostro y hará obras portentosas.

No diremos que España se encontrase hoy en situacion completamente exacta á la de la Francia en el pasado siglo, porque entonces se acumularon los problemas de mayor gravedad en todos los órdenes y esferas de la humana vida, muchos de los cuales resolvió de hecho y legó de derecho á los pueblos hermanos de ambos continentes; pero, al menos, en el órden político y sus naturales conexiones con el social, nuestra España estaba en una situacion muy parecida á la que en todos tiempos ha marcado la inevitable intervencion del arte, y el manejo de las armas de la sátira y de lo ridículo.

Cuando la razon no produce efecto, resultado de hallarse embotada la inteligencia, es preciso avivarla con las mordeduras, punzadas y picaduras del afilado diente de la burla y cosquillosa accion de lo cómico: y entre nosotros, por desgracia, desde há mucho que

nos habíamos embotado hasta el punto de no ver los vicios y ridiculez del teatro político viviente, si no se representaba en farsa en el teatro.

España, á quien no habian servido de barrera los Pirineos, para que del huracan removedor del vecino reino llegasen algunas ráfagas que sintieron los entendimientos levantados sobre el nivel del vulgo, entró adelantada á otras naciones en la corriente nueva, y en el largo período de su abatimiento, indolencia, oscurantismo y servidumbre, hizo un magnífico paréntesis de vigor, renacimiento, esplendor y libertad. Era un paso agigantado, un sacudimiento nervioso propio de nuestra raza. En materia de concepto de la libertad y de los derechos, ahí están nuestras córtes y constitucion del año 1812, que nos asemejan á una nueva Roma compilando unas Pandectas ó cuerpo de moderna jurisprudencia política. Pero aquel prodigio fue obra de la electricidad del cerebro de un puñado de patricios cuya inteligencia elevada logró respirar en elevada atmósfera, y el nivel del pueblo español, la gran masa de los ciudadanos no podía ofrecer ese ejemplo de milagroso esfuerzo, ni dejar de obedecer á las eternas leyes que disponen que de tales causas nazcan tales efectos, y que los consiguientes sean lo que exigen los antecedentes. El pueblo no varió de vida ni costumbres ni creencias por una parte, y por la otra, aquel brillante rayar de un alba esplendorosa se ocultó repentino entre nuevas sombras. El sol que en la region política alumbró de vez en cuando, fue verdadero sol de alquimia, sol de teatro. Al entusiasmo, iniciativa y sinceridad de los



DON FERNANDO DE PORTUGAL.

padres regeneradores, sucedió el cálculo, la imitacion servil de prácticas políticas exóticas, y cierta dosis de hipocresia que lograba sacar partido de la indolencia y atraso del pueblo, aliando magistralmente el bien público con el bien propio y medro personal.

En suma, nuestro ensayo de vida política á la moderna, degeneró apenas comenzado, sin que sea nuestro ánimo entrar ahora en exámen minucioso del origen de esta degeneracion.

Es un hecho harto conocido, y basta esto para nuestro propósito. Con la fe se mezcló desde luego el escepticismo al ver la distancia inmensa que habia entre la idea y el hecho, entre la predicacion y la ejecucion, entre el sistema y los actos, entre la teoria y la práctica. Los que manejaban la política hablaban de libertad y el pueblo veia cadenas y trabas por do quiera. Hablaban de riqueza y se aumentaban los impuestos y contribuciones. Hablaban de trabajo y crecian los empleos y las prebendas. Hablaban de justicia y se aumentaba el favoritismo. Hablaban de instruccion y no se pagaban los maestros de escuela y crecian los derechos de las matriculas y se hacian cuerpos privilegiados y aristocráticos las universidades. Hablaban de soberanía del pueblo y establecian un censo electoral que ponía el voto en manos de los ricos.

Sin duda alguna que tales muestras en los primeros pasos no eran de naturaleza de contentar ni satisfacer al público espectador. El pueblo conocia los males de lo pasado; pero todavía no veía los bienes de lo por venir. Como dijimos antes, se hallaba conmovida la fe político-social antigua, y, sin tiempo para haberse formado otra



VISTA DE LA FACHADA DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO.



VENTA EN SUBASTA DE LOS CABALLOS DE LAS REALES CABALLERIZAS

nueva en la mayoría del pueblo, el espíritu vacilaba en medio de encontradas corrientes. Era este, sin duda, un período de transición, como bien lo ha mostrado el suceso: período de crepúsculo, de destrucción y elaboración, en que el alma del pueblo español veía desde una cumbre dos zonas opuestas: el régimen antiguo de que huía y la senda nueva que no encontraba, si bien la presentía. Esta era la sazón del empleo del ingenio. Es verdad que la razón había hecho su campaña gloriosa denunciando de continuo el falseamiento y los defectos de nuestro ensayo; pero se había embotado la inteligencia de los que podían remediarlo. Ya el pueblo hispano consideraba como fatal la degeneración de la vida política en mentira y farsa, y hasta la filosofía popular había condensado y encerrado su sentimiento de indiferencia y desesperación en frases proverbiales: «Tan buenos son los unos como los otros.»—*Quítate tú para ponerme yo*, eran expresiones generales y comunes significativas de lo irremediable que parecía el mal que á la república aquejaba.

Pues en este estado de indolencia, sopor, modorra ó como lo llamáremos, á que habían llegado, los unos por cerrar sistemáticamente los oídos á la razón, y los otros por creer que era tiempo perdido y predicar en desierto, querer hallar remedio á lo irremediable, concibió nuestro ingenioso poeta Gutierrez de Alba el pensamiento de avivar á los unos y vapular á los otros, juzgando con mucha oportunidad y acierto, que pues en la esfera política había caracteres y situaciones fundamental y trascendentalmente cómicas, como no podían menos de serlo la buena fe de los unos y la malicia de los otros, la sencillez de los gobernados y la doblez de los gobernantes, la grandeza de las promesas y la pequeñez de los resultados con otros rasgos sublimes y ridículos, la materia se prestaba para llevarla al teatro, de donde no estaba muy lejos, por ver si lo que no alcanzaba la voz de la razón, lo conseguía la mordedura y la carcajada de lo cómico, lo burlesco y lo ridículo.

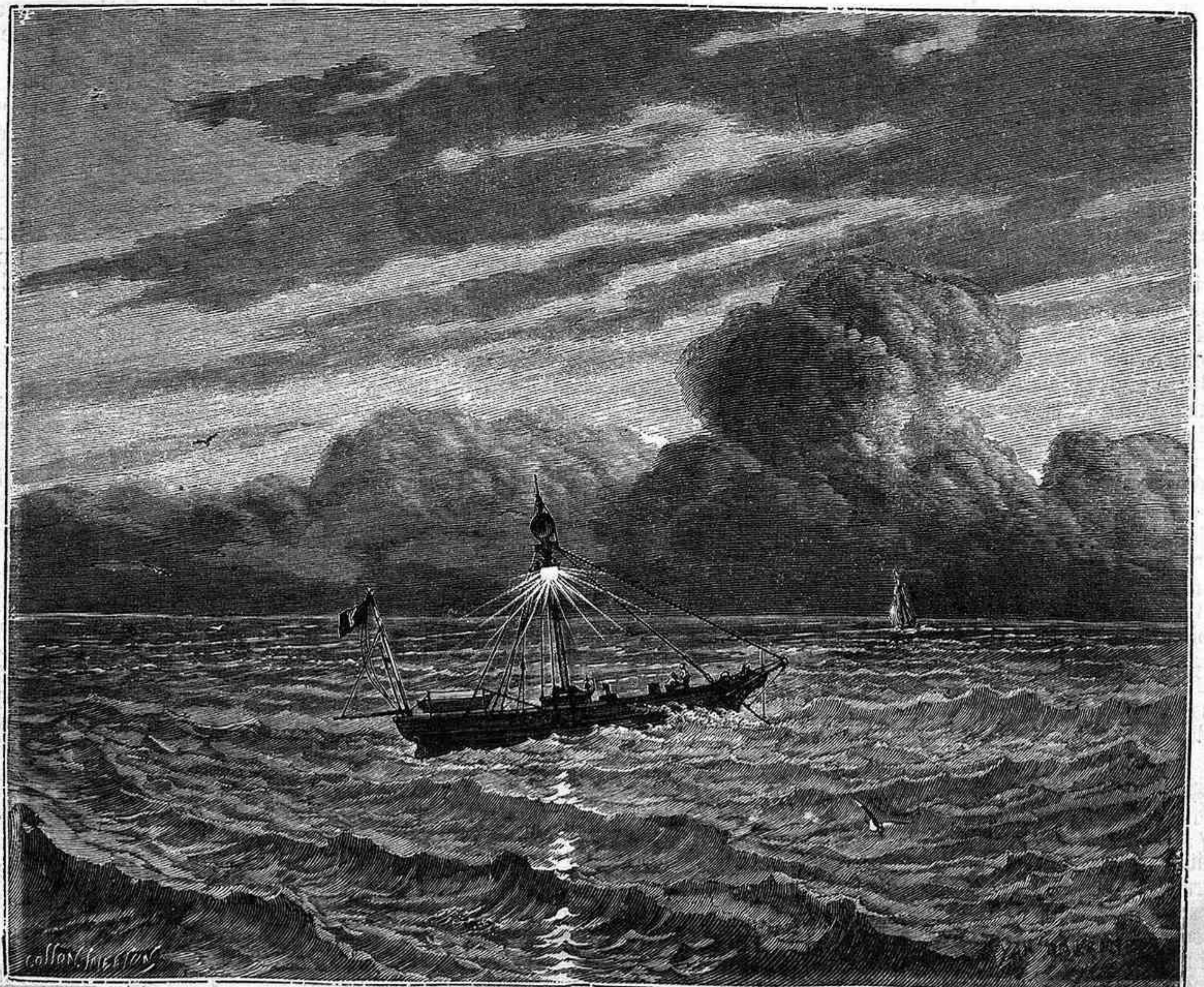
(Se continuará.)

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

**DON FERNANDO DE PORTUGAL.**

Como candidato al vacante trono de España viene desde hace tiempo hablándose del príncipe cuyo retrato damos en este número, y apoyan esta candidatura los que juzgan posible de este modo conseguir en un día no lejano la ansiada union de España y Portugal. El antecedente de haber gobernado en el vecino reino lusitano, durante la minoría de su hijo don Pedro, con notoria discrecion, prudencia y miras liberales, ha sido

parte para que una gran mayoría de los españoles, que creen prudente y oportuna la adopción de la forma monárquica para la situación actual de España, le consideren como el príncipe más aceptable, y valiéndose de la expresión al uso, como la solución mas acertada del problema ó dificultad de la designación de persona. Aunque al principio corrió el rumor de que este príncipe deseaba continuar alejado de la gestión de los negocios públicos, la insistencia y confianza con que nuevamente vuelve á adquirir probabilidades su elec-



FAROS FLOTANTES DE LAS RADAS DE DUNKERQUE Y LAS DUNAS.

cion, parece demostrar que no existía ese propósito. Don Fernando nació en 1816, casó á los veinte años de edad con doña María de la Gloria, y gobernó en calidad de regente, desde el fallecimiento de su esposa, ocurrido en 1853 hasta 1855, en que fue aclamado rey su hijo don Pedro.

### VISTA DE LA FACHADA DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO.

Este templo próximo á ser derribado, y situado en la bajada ó cuesta que lleva su nombre, se edificó en el siglo XIII, juntamente con el convento que el mismo Santo Domingo destinó á una comunidad de religiosas á quienes dió la regla de San Agustín y unas breves constituciones. Protegieron esta iglesia y casa varios monarcas desde San Fernando hasta nuestros días, contribuyendo Enrique III para la erección de la capilla mayor, y Felipe II para la construcción del coro, que es obra notable de Herrera. Además de las buenas pinturas y esculturas que adornan los altares de este templo, era digno de visitarse por estar en él los restos del rey don Pedro de Castilla que su nieta doña Constanza hizo trasladar en 1444 desde la Puebla de Alcocer. Las cenizas de este rey estaban antes colocadas en un sepulcro suntuoso; pero fueron exhumadas durante la guerra de la independencia, y se colocaron en la Sala del Capítulo. En él subsiste también la pila en que fue bautizado Santo Domingo, y entre otros personajes notables allí enterrados se cuentan don Juan, hijo del rey don Pedro; la infanta doña Berenguela, la infanta doña Constanza y la priora de este mismo nombre nieta de este monarca.

### VENTA EN SUBASTA DE LOS CABALLOS DE LAS REALES CABALLERIZAS.

La dirección del que fué real patrimonio, ha procedido á la venta de los caballos existentes en las caballerizas de palacio, á fin de evitar los gastos crecidos que ocasionaba su alimento y cuidado, y ha celebrado varias subastas con este objeto, previo el anuncio oficial y condiciones de los licitadores. Nuestro grabado representa una de esas subastas verificadas con bastante animación en uno de los departamentos de dicha dependencia de palacio, en donde se han realizado buenas ventas de excelentes caballos, produciendo una suma de alguna consideración y evitando los enormes gastos que diariamente y sin provecho ocasionaban.

(1491).

### LA ÚLTIMA NOCHE DE DICIEMBRE. COLON.

Nos admiramos de la magnitud de nuestro globo, de ese océano mugidor que por todas partes lo cerca y baña, de sus islas innumerables, sus volcanes y su infatigable movimiento desde el primer día de la creación; mientras acostumbramos mirar ligeramente y de pasada otros mundos mayores y mas portentosos: el corazón y la inteligencia del hombre. Desde los primitivos pastores caldeos hasta los árabes de Sennaar, y desde estos sabios árabes hasta los modernos astrónomos europeos, la cosmografía en su incesante desarrollo ha calculado la forma y posición de nuestro planeta en el espacio, sus movimientos, los seres tan diversos que lo pueblan, y no va quedando lugar alguno sobre los hielos del polo, ó bajo los fuegos del ecuador en donde los exploradores no fijen su mirada, su barómetro y su compás. Se encuentra nuevo camino para la India; América muestra su seno henchido de tesoros; Rusia extiende su imperio por las dilatadas llanuras hiperbóreas, todo un mundo oceánico brota de las aguas ante las proas españolas, inglesas y holandesas... Entre tanto, la filosofía pasa siglos y siglos meditando sobre el hombre, que es su eterno problema, su estudio, su desesperación y su gloria.

La chispa celestial, el soplo divino que nos alienta ha sufrido el escalpelo de cien y cien sistemas, las ojeadas investigadoras de millones de filósofos, místicos y moralistas; con la mitad de este trabajo colosal se hubiera escudriñado desde la vía láctea hasta las entrañas de la tierra; el alma humana permanece, sin embargo, intacta casi, casi desconocida y presentando á todos como la antigua esfinge su pavoroso problema. Y á medida que la sociedad se aleja de su sencillez primera, va también el alma humana haciéndose mas varia, rica y complexa, como una lira á que sucesivamente fueran añadiéndose nuevas cuerdas y nuevas armonías; así su estudio y conocimiento son cada vez

mas largos y difíciles. ¡Oh espíritu divino, llama siempre ardiente, alma inmortal! ¿Qué naturaleza es la tuya tan robusta y atrevida, que en un hombre mismo y en una misma hora puedes sin morir arrastrarte por el polvo y volar y perderte en lo mas alto de los cielos? ¿Hay nada tan fecundo como el monólogo de un alma pensadora, ni que tenga alas tan rápidas como la meditación?

Terminaba el diciembre de 1491 y era ya por filo media noche. En una celda de Santa María de la Rábida, velaba un hombre inmóvil y silencioso; aunque tenía blanca su cabeza y habitaba en un monasterio, no era monge, ni anciano todavía. Su vestido revelaba pobreza y su frente la soberanía del genio. A no ser por la vaga expresión de sus ojos azules, se hubiera creído que dormía en su ancho sillón de baqueta; nunca había estado mas despierto: cerró el libro que hacia largo rato miraba sin leer, fijó ambos codos sobre la mesa y la frente entre las manos y volvió á quedarse inmóvil. A su lado ardía una lámpara y de la pared frontera colgaba un Cristo grande, que parecía mirarle tristemente. Fuera sonaba á intervalos el murmullo piadoso de los monges que rezaban en el coro y la palpación solemne del mar sobre las playas vecinas.

El que velaba tenía por apellido Columbus y para la multitud pasaba por loco. Hoy le llamamos Colón y le respetamos á par de los mayores genios. El tiempo nunca pasa en vano; pero entonces no había llegado la hora del triunfo, sino la de la prueba, y esta prueba era terrible. Colón se hallaba inclinado como bajo el peso de su gigantesca idea, con la mirada vuelta al interior, escuchando con recogimiento el extraordinario rumor de varias voces que sentía resonar en las profundidades de su conciencia, cual si dentro de su mismo seno habitaran diferentes y contrarios espíritus. Uno de ellos habló mas alto; por lo menos Colón creyó escucharlo y el sudor se deslizó por su pálida frente como gotas de sangre sobre la fría hoja de una espada. El espíritu decía:

—«¡Un año! ¡Es diciembre y es la noche última! Oye: acaba de sonar la campana: un año más ha pasado y ya no eres joven: tus días se van, tú mismo te vas y tus esperanzas contigo. ¡Insensato! Acaban los cielos de dar un giro entero sobre tu cabeza, has visto la sublimidad de otro invierno, la gracia de otra primavera; el fuego de otro estío, la melancolía de otro otoño... ¿qué has hecho de tantos días? ¿Nada te enseñaron? ¿Prosigues tú, pobre genio extraviado, destruyendo tus alas en perseguir quimeras?

»¡Descubrir un mundo, ensanchar este planeta! Oyeme, desgraciado, yo soy tu razón: tu razón que te grita y procura salvarte. Mira: los dos reyes mas grandes de Europa, los reyes de España, hacen un llamamiento á todo su poder: ¡cuántos capitanes, caballeros y soldados! ¡qué torrentes de oro! ¡cuánto saber y prudencia en el consejo, cuánta osadía en la ejecución! ¡cuánto trabajo, tiempo y sangre! Pues todo; bien lo sabes, se dirige á conquistar un pedazo de tierra. Y tú sueñas con hemisferios enteros! Y aunque estos delirios fuesen verdad, ¡con qué podrias realizarla tú, qué debes á la caridad la celda que habitas, el pan que comes y hasta el vestido que llevas.

»Créeme, Colón, y abre los ojos. No eres tú sólo. Muchos peregrinos eternos vagan por el campo sin fin de las esperanzas imposibles. Piensan convertir los metales en oro, curar toda enfermedad, surcar el viento como las aves... La sociedad se mofa de estos delirantes soñadores. Te mofarías tú también, á no ser uno de ellos. Al atravesar las calles ¿nunca has observado que hasta los niños te señalan con el dedo? Es que tu juicio se extravía y hasta los niños lo conocen. ¡Y qué! ¿tú sólo verás claro y todos los hombres estarán ciegos? Si algunos fingen darte crédito, es únicamente por compasión, por esa lástima desdeñosa que inspira la locura. No pudiendo desengañarte, aparentan creer tus delirios. ¿Será tu existencia un sueño continuo hasta que te venga á despertar la muerte?

»Y ese despertar será horrible. Oyeme. La muerte suele traer consigo el pálido resplandor de lo infinito. Cuando se acerca á tocarnos con su dedo, las sombras huyen y se ve claro. La misma locura retrocede espantada. Nuestros días ya pasados se vuelven de frente y nos miran; pero nunca podemos detenerlos. ¡Qué remordimiento será el tuyo en esa hora, infeliz profanador de una grandiosa inteligencia! El Señor dijo al primer fraticida: «Cain ¿qué has hecho de tu hermano?» Y Cain sintió hielo y temblor en lo mas profundo de sus entrañas y en la médula de sus huesos. Pues mayor espanto sentirás tú cuando ese mismo Dios te diga: «Te he formado con amor y predilección entre los demás hombres: te he dado por compañero un espíritu sublime: ¿qué has hecho de ese celestial hermano?» Y tú responderás: «Señor, lo he cultivado con el estudio, lo he extraviado y lo he asesinado.» ¡Nacer para admirar á los hombres, dejándoles perpétua memoria; y servirles de mofa y pasar entre el polvo como una hoja seca! Está bien: desprecia tu razón y sigue con tu sueño!

»Mira. La Providencia te llama y tú no la oyes. Tu esposa, la tierna hija de Palestrello, ha muerto. Aque-

lla señora de Córdoba, tan bella y tan amante, ha muerto también. Tus lazos se desatan. Sé religioso. No tienes que buscar un claustro: estás en él: tu amigo Marchena acogerá tus votos con los brazos abiertos. Eres sabio y puedes ser santo. Sólo depende de tu voluntad.

(Se continuará.)

NARCISO CAMPILLO.

### EL MONT-BLANC.

¡Héme al fin en la cumbre soberana!...  
Nieves intactas... soledad do quiera...  
¡Pavorosa quietud! La audacia humana sólo á turbar su imperio se atreviera.

Aquí enmudece hasta la voz del viento...  
Inmenso mar parece el horizonte...  
Única playa el alto firmamento...  
Anclada nave el solitario Monte.

¡Nada en torno de mí! Todo á mis plantas...  
Oscuros bosques, relucientes rios,  
lagos, campiñas, páramos, gargantas...  
¡Europa entera yace á los pies míos!

Allí de Italia el cielo trasparente...  
Mas allá la Alemania nebulosa...  
Francia allí desplegada al Occidente...  
Y en torno la Suiza montañosa.

Pobres aldeas, régias capitales,  
de oscuro monasterio la alta torre,  
chozas, templos, alcázares feudales...  
¡Todo á la vez la vista lo recorre!

¡Y cuán pequeña la terrestre vida...  
cuán hondo y lejos el humano imperio  
se vé desde estos hielos donde anida  
el Monte-Blanco, el rey del hemisferio!

De aquí tiende su cetro sobre el mundo  
el Danubio opulento, el Po anchuroso,  
el luengo Rhin y el Ródano profundo  
hijos son de los hijos del coloso.

Debajo de él los Alpes se eslabonan  
como escabeles de su trono inmenso:  
debajo de él las nubes se amontonan  
cual humo leve de quemado incienso.

¡Sobre él... el cielo nada más!... La tarde  
lo envidia al verlo de fulgor ceñido...  
Llega la noche, y aun su frente arde  
con reflejos de un sol por siempre hundido.

Allá turnan con rauda movimiento  
una y otra estación... Él permanece  
mudo, inmóvil, estéril. Monumento  
de la implacable eternidad parece.

Ante él quiebra sus rayos el Estío;  
detiénese á su pie la Primavera,  
y al fin trascurren, y el coloso frío  
adusto guarda su actitud severa.

Ni el oso atroz ni el traicionero lobo  
huellan jamás sus excelsitud nevada...  
Huérfano vive del calor del globo...  
¡En él principia el reino de la Nada!

Por eso, en medio de su horror profundo,  
ufano aquí mi corazón palpita...  
¡Aquí... sólo con Dios... ¡fuera del mundo!  
¡sólo, bajo la bóveda infinita!

¡Y cuán suave, deleitosa calma  
brinda á mi pecho esta región inerte!...  
Así concibe fatigada el alma  
el tardo bien de la benigna muerte.

¡Morir aquí! De los poblados valles  
no retornar á la angustiosa vida...  
no escuchar más los lastimeros ayes  
de la cuitada humanidad caída...

Desparecer, huyendo de la tierra  
desde esta cima que se acerca al cielo...  
por siempre desertar de aquella guerra,  
de eterna libertad tendiendo el vuelo...

Tal ánsia acude al corazón llagado  
al mirarte ¡oh Mont-Blanc! erguir la frente  
sobre un mísero mundo atribulado  
por el cierzo y el rayo y el torrente.

¡Tú nada temes! de tu imperio yerto  
sólo Dios es señor, fuerza y medida...  
¡Como el ancho Oceano y el desierto,  
tú vives sólo de tu propia vida!

La tierra acaba en tu glacial palacio:  
tuya es la azul inmensidad aérea:  
tú ves más luz, más astros, más espacio...  
¡parte eres ya de la mansion etérea!

¡Adios! Retorno al mundo... Acaso un día  
ya de la tierra el corazón no lata,  
y sobre su haz inanimada y fría  
tiendas tu mano de luciente plata...

Será entonces tu reino silencioso  
cuanto hoy circunda y cubre el Océano...  
¡Adios! Impera en tanto desdeñoso  
sobre la insánia del orgullo humano!

Chamounix, 1860.

P. A. DE ALARCON,

## LOS PRODIGIOS DEL AMOR.

### I.

No voy á referir al curioso lector, una novela, cuento ó cualquiera otra cosa imaginativa y de este jaez, sino una historia verídica, acaecida en nuestros días, que todo Aragon conoce, y respecto á la cual, estoy seguro de que ningun averiguador de vidas ajenas me dejará por embustero.

Hecha esta salvedad y pidiendo perdón por todas y cada una de las faltas de analogía, sintaxis, prosodia y aun ortografía, en que pueda incurrir en esta desaliñada narración, la comienzo en los términos siguientes.

No hace mucho tiempo, pululaba por la invicta ciudad de Zaragoza, un vago de profesion y perdido de oficio, llamado por mal nombre Cascarilla, tan truhan y tan profesor en la picardía, que á haber empleado en andar por el camino del bien, las dotes de astucia, inventiva y resolución que debía á su buena ó mala estrella, de seguro hubiera llegado á ser un rico comerciante, ó tal vez opulento banquero y aun quizá quizá, director de Hacienda ó cosa parecida.

Cascarilla, á quien venia de casta la afición á la industria en todas sus ramificaciones, sentó plaza de industrial *sui generis*.

Habia corrido las siete partidas del mundo. En Argelia fue soldado, en la Habana lencero, en Sevilla revendedor y falsificador de billetes de la Plaza de toros y en Barcelona se habia ocupado en fabricar moneda falsa; especialmente pesetas isabelinas.

Probó fortuna

En todas las carreras de *la tuna*.

Pero es el caso, que si se exceptúa una corta temporada en Cádiz, durante la cual echó el pego en una timba de cuartos, en una partida fronteriza al teatro del Balon, el ingenioso vividor casi siempre estuvo á la cuarta pregunta.

Achaque es este de los genios, y aunque esté mal el decirlo, Cascarilla era un genio: el genio de la falsificación.

Trabajaba primeramente con la pluma, con el cincel, con el pincel, sobre el troquel, sobre el metal y sobre el papel.

¿Por qué causas, despues de rodar tanto por el mundo, se hallaba en la ciudad del Ebro? Se ignoran. En la historia de los grandes hombres hay siempre puntos oscuros, monólogos tan inestricables, como el de:

*To be or not to be.*

El cual yo mismo no sé lo que quiere decir.

### II.

El caso es que Cascarilla estaba perdido en Zaragoza, con un trapo atrás y otro por delante, que ayunaba algunos días, y se pasaba en claro algunas noches, tanto por falta de gases estomacales, por cuanto que la dureza de la cama, que solia ser el suelo, no convidaba al descanso.

En estas noches, en que, aun cuando se quedaba á la luna de Valencia, contemplaba la de Zaragoza, que es muy parecida; Cascarilla revolvia en su imaginación los medios de salir de su penoso estado, y como su imaginación no era un desvan ni mucho menos, por fin halló un cabo, y siguiendo la madeja de sus pensamientos, creyó haber encontrado la salida del laberinto de su miseria.

Mascarilla frecuentaba, cuando podia, la taberna del tio Botica, tal vez llamado así, por sus trabajos farmacéuticos en el vino; establecimiento de recreo, que si no es célebre en Zaragoza, lo será desde la publicación de estas líneas. Acostumbraba á hacer estaciones en dicha taberna un mozo cobrador de la casa de un almacenista y cosechero de vinos, el cual (me refiero al cobrador) era conocido con el nombre de Rinconera, sin duda porque era tan anguloso de cara y de cuerpo, como este mueble.

Cascarilla y Rinconera simpatizaron, bebían juntos

y algunas veces el primero acompañaba al segundo á sus cobranzas, de suerte que le veía volver á casa de su amo, cargado de dinero y sobre todo de buenos billetes del Banco de Zaragoza, que en aquella época circulaban mucho.

Esta circunstancia sugirió una idea á Cascarilla; comenzó á catequizar melistofélicamente á Rinconera, que hasta entonces habia sido un jóven honrado, tan honrado que su amo le hubiera confiado las llaves de su caja, sin la menor vacilación; le entretuvo y le deslumbró con la pomposa narración de sus viajes ultramarinos, de las delicias del suelo americano y del *gancho* de las criollas y demás mujeres tropicales; supo infiltrar en su corazón el deseo de la buena vida y el desprecio hácia la sedentaria y pobre; y con esto, y con la demostración casi palpable de la seguridad del éxito, trastornó la cabeza al cobrador, y le decidió á coaligarse con él, á fin de dar un golpe que les sacase á ambos de pelgares.

Las exigencias de la narración me obligan á abandonar por ahora á estos dos amigos y cómplices, para ocuparme de otros personajes que intervienen en esta *mínima* historia.

### III.

Don Serapio, el amo de Rinconera, tenia su almacen de vinos al pormayor, en una calle de cuyo nombre no me acuerdo, y era el proveedor de todos los tratantes en pequeño, cafés, fondas y demás establecimientos principales, de la *Virgen del Ebro*, como llama yo no sé qué poeta á Zaragoza.

Don Serapio era viudo, tenia un hermano sacerdote que vivia en su compañía, y una hija de diez y ocho años, á quien yo, con mas propiedad que el susodicho poeta, podria aplicar la frase anterior. Con saber que esta doncella habia nacido en Zaragoza, ocioso será decir que su nombre era Pilar; pues así como todas las gaditanas se llaman Rosarios, y todas las sevillanas Lolas, y todas las cordobesas Rafaelas, y todas las naturales de Oviedo Toribias, y todos los negros Domingos, del mismo modo todas las zaragozanas deben llamarse Pílares.

No estoy seguro de lo admisible de este plural, así como tampoco de lo verídico del concepto del párrafo anterior, inspirado por un amigo mio que ha viajado mucho.

Pilar tenia muy buen palmito, ojos parlanchines, y un carácter un si es no es romántico á fuerza de haber leído novelas, entre las cuales preferia dos, á saber: *Rosita ó la niña mendiga*, y *Juanita ó la inclusera generosa*. Era por lo tanto aficionada á la naturaleza, y se pasaba largas temporadas en un pueblo de los alrededores de la ciudad, en compañía de una señora hacendada, que habia sido su madrina de pila.

Don Serapio era un buen hombre, no obstante sus ribetes de volteriano; entusiasta del duque de la Victoria, y que, como su hija, tenia cierta afición á la amena literatura, prefiriendo en ésta los tipos de abnegación y fidelidad, como por ejemplo, el Cuasimodo de Víctor Hugo, el Sancho Montero de Zorrilla y el lego de los Magiares.

El comercio de don Serapio prosperaba, su hija crecía en hermosura, y sólo una cosa amargaba su felicidad: no poder oír tocar el himno de Riego.

Réstame hablar de un personaje, que por su importancia párrafo aparte merece.

### IV.

Se llamaba Mascarilla... ¡Misteriosa predestinación: extraño enlace de nombres y destinos tan opuestos, cuyas sílabas por completo hacían consonantes, los nombres de dos seres tan desemejantes!

Mascarilla era un dependiente de don Serapio, que desempeñaba en el almacen varios cargos, entre ellos el de contador. Natural de Belchite, patria de don Frutos Calamocha, estaba desde la edad de catorce años en casa del honrado almacenista. No era completamente tonto, aunque sí algo feo, y tan tímido, que rayaba ya en el encogimiento.

Mascarilla contaba á la sazón veinte años; edad de las pasiones, y abrigaba en su corazón una, secreta, por la hija de su principal, y se limitaba en las temporadas que esta pasaba en Zaragoza, á mirarla á hurtadillas con ojos de carnero moribundo. La bella Pilar, aunque con el instinto de su sexo, habia adivinado el amor que inspiraba, no se cuidaba gran cosa del pobre mozo.

Hacia éste, mientras aquella estaba en el pueblo en compañía de su madrina, una vida filosófica y retraída. Hablaba poco, comía menos, casi nunca, ni en días de asueto, salía de casa y en resolución no tenia ninguno de los gustos é inclinaciones propios de su edad. No obstante, si don Serapio le hubiera sorprendido en ciertas ocasiones, creeria notar en él los síntomas de la avaficia; porque contemplaba con ojos saltones los billetes del Banco de Zaragoza, que por razón de su cargo, solia manejar con frecuencia.

¿Qué significaba esto? Tal vez, efectivamente era ambicioso por amor; pues comprendía que la pobreza le separaba mas principalmente de su desdeñosa Dulcinea, ó sea de Pilar.

### V.

Un día, por la mañana, don Serapio hallábase sentado en su almacen, fumando un cigarro de tres cuartos, con la misma fruición que cualesquiera de los héroes de Ponson du Terrail, que como es sabido están siempre fumando, y Mascarilla estaba, en una mesa de despacho, haciendo cuentas, cuando hé aquí que se presenta Rinconera, que volvia de cobrar segun costumbre todos los primeros lunes de cada mes.

Rinconera venia algo agitado, quizá á causa del calor, que en aquel día de agosto, se dejaba sentir.

Don Serapio se puso en pie y se acercó al mostrador para recibir las cantidades traídas por el cobrador. La mayor parte de estas consistían en papel y ascendían á catorce mil duros.

Mientras Mascarilla cotejaba en el libro las partidas, sentándolas y diciéndolas en voz alta, don Serapio las iba contando sobre el mostrador, examinando uno por uno los billetes de Banco, con su acostumbrada minuciosidad é inteligencia.

Al terminar y dirigiéndose á Rinconera, pronunció la frase sacramental:

—Está bien.

Y pasando al interior del mostrador, repuso alargando al dependiente los rimeros de billetes:

—¿Cuánto papel hay en la plaza! Toma.

—Rinconera, entre tanto, se limpiaba el sudor.

Mascarilla tomó el primer monton de billetes, examinó algunos y dijo:

«Estos billetes son falsos.»

Rinconera hizo un movimiento como para salir del almacen; pero se detuvo.

—¿Falsos?—esclamó don Serapio.—¿Estás loco? Los he mirado yo uno por uno.

—Pues sin embargo son falsos—repuso Mascarilla con acento de convicción y saliendo rápidamente á la puerta de la tienda, añadió:

—Por si acaso, no dejes marcharse á Rinconera.

Este tenia un aspecto indefinible, que don Serapio achacó á la sorpresa de la honradez, pero sin embargo, y aun cuando estaba casi persuadido de que Mascarilla se equivocaba, como la escama es inherente al comercio, mandó al mozo cobrador que pasase á la trastienda.

Rinconera, despues de titubear un momento obedeció: estaba aturrido.

Entre tanto Mascarilla habia seguido examinando otros muchos billetes.

—Falsos, todos falsos—volvió á decir.

—Es imposible—replicó don Serapio—desafío á cualquiera á que á mí me engañe. ¿En qué te fundas?

—Tengo mis razones—contestó Mascarilla algo confuso.—En fin, si usted quiere, iré de una carrera al banco y saldremos de dudas.

—Ve, pues, aunque lo creo inútil.

Hizo una rápida apuntación de los números con que estaban marcadas las series en los billetes y tomando un gran monton de estos, salió precipitadamente del almacen.

Llegó al banco, subió á la sala de pagos, en donde habia tres dependientes, y dió á uno de ellos unos cuantos billetes para que los examinase.

Este lo hizo con la mayor escrupulosidad, cotejándolos con otros y dijo:

«Son buenos.»

Los otros dos empleados, por cuyo mano pasaron, repitieron la misma frase.

Mascarilla comenzaba á creer que se habia engañado.

Pero en aquel instante se presentó un oficial de caja.

—¿Qué es eso?—preguntó—¿una imposición?

—No—contestó Mascarilla—una duda. He creído que estos billetes eran falsos.

—A ver.

El oficial los examinó á su vez é iba ya á repetir la misma frase que los otros dependientes, cuando se detuvo como asaltado por una idea súbita.

—¡Ah! estas series de numeración no pueden ser—esclamó—las tenemos nosotros en caja; esperad.

Y salió apresuradamente.

Entre tanto Mascarilla contó á los otros dependientes la procedencia de los billetes y la razón en que se fundaba para creerlos falsos: razón que no tardará en conocer el lector.

Volvió el oficial, pasado un breve rato y dijo, dirigiéndose á Mascarilla:

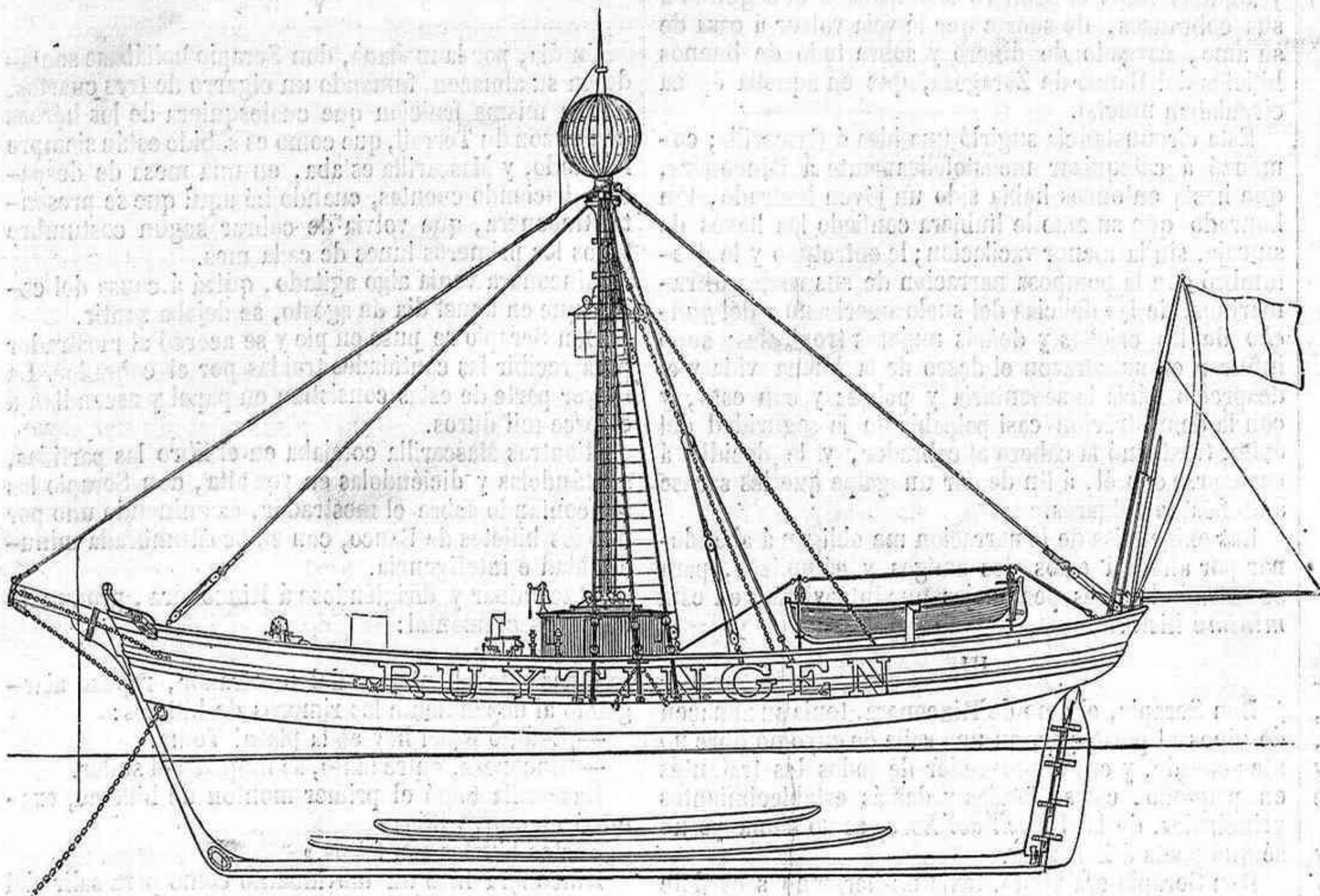
—Tiene usted razón, estos billetes deben ser falsos, porque como ya he dicho, la serie igual está en el Banco.

—¡Ah!—esclamó Mascarilla—bien lo decía yo.

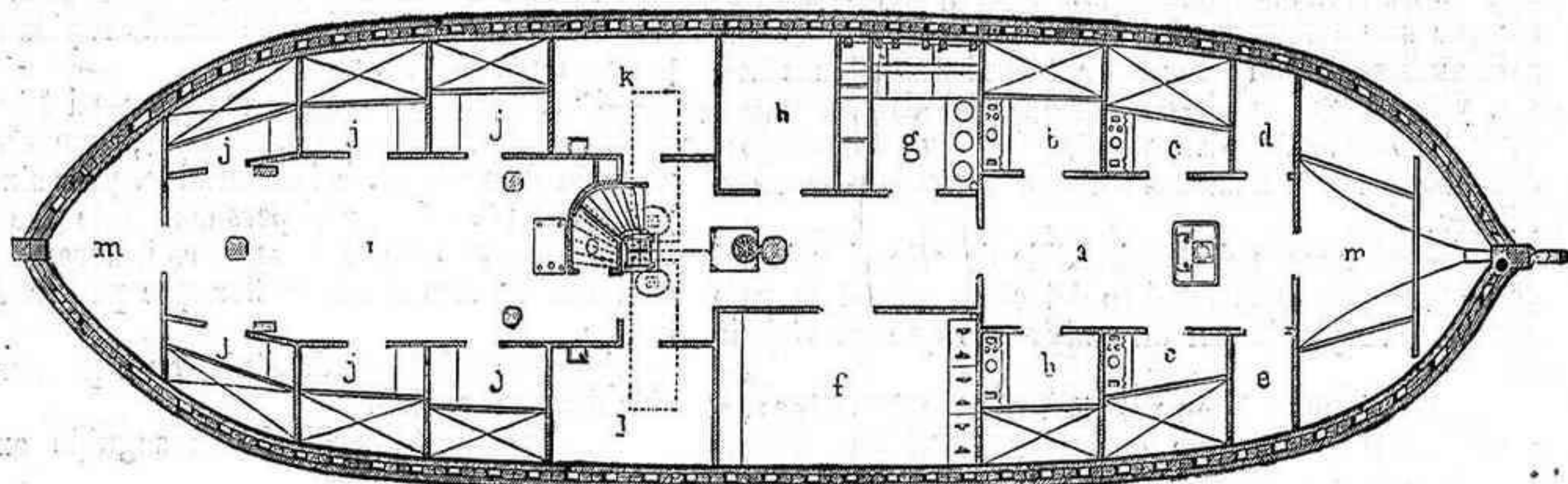
### VI.

Cuando volvió al almacen se encontró grandes novedades.

Rinconera estaba encerrado en la trastienda, y en la tienda se celebraba una especie de consejo de familia, compuesto de don Serapio, de su hermano el sacerdote que se llamaba don Gumersindo, y de su hija la interesante Pilar.



PLANO DEL CASCO DE UN BUQUE CON FARO.



PLANO DEL ENTREPUENTE.

No bien le hubo visto, el almacenista dijo á su dependiente.

—Tenias razon, los billetes son falsos. Rinconera me lo ha confesado todo.

Asi era la verdad. El pobre diablo, impulsado por los remordimientos ó por el miedo, que de esto no estoy seguro, refirió á don Serapio que se habia asociado á Cascarilla para hacer la falsificacion; que de sus ahorros proporcionó á éste medios para llevarla á cabo y que el proyecto de ambos era expatriarse.

Despues de hecho este relato, el almacenista preguntó á Mascarilla:

—Pero ¿en qué te has fundado para descubrir la falsificacion? Los billetes están tan bien hechos, que se confunden en todo y por todo con los verdaderos.

El dependiente tomó entonces uno de los billetes falsos y otro bueno que sacó del cajon del escritorio y dijo presentándoselos á su principal:

—¿Vé usted esta figura que representa á la Justicia ó á yo no sé qué?

—Sí—contestó don Serapio.

—Repáre usted en uno y otro billete el ojo izquierdo de ambas figuras ¿no halla usted alguna diferencia?

—Ninguna—dijo el almacenista.

—Ninguna—repitieron don Gumersindo y la bella Pilar que se habian inclinado para ver los billetes.

—Pues, sin embargo, existe—repuso Mascarilla. Yo he pasado horas enteras contemplando esta figura grabada en los billetes, sobre todo los ojos; y para mí es claro y evidente, que en los falsos, la niña del ojo izquierdo de esta matrona ó lo que sea, es casi imperceptiblemente mas pequeña que en los buenos.

Don Serapio, don Gumersindo y Pilar estaban pasmados de sorpresa y esta última no hallaba ya tan feo á Mascarilla.

Todas las distinciones seducen á las mujeres y Mascarilla en aquel instante parecia el genio de la perspicacia.

Don Gumersindo, que era un tanto investigador y malicioso, soltó al dependiente la siguiente pregunta á quema ropa.

—¿Pero con qué objeto te pasas las horas enteras, contemplando los billetes de banco?

El jóven se turbó.

—Sí, ¿con qué objeto?—repitió don Serapio, que notó esta turbacion.—¿Tratas, por ventura, de hacer otra falsificacion?

Esta vez Mascarilla se puso pálido.

—¡Habla!—repuso el almacenista escamado por el silencio de su dependiente.

—Señor...—balbuceó el jóven.

—Habla—repitió don Serapio.

—Señor... esa figura se pa... se pa... se parece á la señorita Pilar.

## VII.

Seis meses despues Pilar y Mascarilla estaban casados.

¡Oh! ¡admirables prodigios del amor!

Convenido. Pero ¿Y Rinconera y Cascarilla?

Rinconera, perdonado por su amo, en Filipinas.

Cascarilla tal vez en presidio pensando cómo urdir-la de nuevo; tal vez arrepentido y con determinacion de ser un santo. Las crónicas esplicarán este punto oscuro.

T. MORENO GODINO.

## FAROS FLOTANTES

DE LAS RADAS DE DUNKERQUE Y LAS DUNAS.

Los tres grabados que damos en este número, representan modelos de los fanales ó luces puestas á flote en buques para indicar á los navegantes la situacion de los bancos de arena mas ó menos cambiantes, tales como los de la rada de las Dunas en Inglaterra, y de Dunkerque en Francia; ó bien escollos submarinos que se hallan á profundidad tal, que es imposible asentar sobre ellos construccion alguna. Estas luces flotantes se componen de cierto número de reflectores colocados en una linterna que rodea el palo del buque, y se alza y se baja facilmente. Algunas son luces fijas ó permanentes, y otras tienen sus eclipses. A veces hay varias en el mismo buque, siendo las apariencias diversas por consiguiente, y evitando asi que el navegante se equivoque acerca de la posicion de la luz, garantía de salvacion que repentinamente ve surgir y brillar en el horizonte.

La dimension de los buques de los faros flotantes varia segun la profundidad del agua y la violencia de las olas del paraje ó zona en que se hallan colocados. Los mas pequeños son de 125 toneladas próximamente. Los mayores, como el que existe á la entrada del gol-

fo de Gascuña, tienen hasta 350 toneladas. Su distribucion interior está arreglada de manera que proporcione á la tripulacion todo el bienestar y comodidad compatibles con su situacion penosa, como podrá ver el lector por el plano del entrepuente de uno de estos barcos del término medio de ciento cincuenta toneladas.

El número de tripulantes es tambien vario segun la dimension del buque, y se ha establecido el órden de que los jefes puedan tener un mes de licencia y descanso, y los marineros quince dias por cada mes que sirvan á bordo. En el faro flotante de la rada de Dunkerque, hay dos jefes y nueve marineros, y habitualmente están á bordo un jefe y seis marineros. Idénticas disposiciones se han adoptado en Inglaterra y en los Estados-Unidos. Aun así es muy dificultoso encontrar hombres que se presten á tan duro servicio.

El buque se asegura por una sola cadena de hierro anlazada á un áncora de gran peso, la cual cadena es tan larga, que soltándola toda en los dias de mares fuertes, permite al buque ceder un poco á la fuerza casi irresistible de las olas agitadas. Las olas le levantan, pero la pesada cadena le hace descender bruscamente produciendo movimientos de que no puede dar idea la esperiencia de la navegacion ordinaria. Los balances son mas pronunciados y fatigosos cuando los vientos y las corrientes son encontrados. A veces, en las grandes borrascas, se sumerge en las aguas el puente, ya por uno, ya por otro lado: las olas penetran en los camarotes y compartimentos; se oyen crujir las maderas; los tripulantes apenas pueden tenerse de pie; y sin embargo, es preciso cumplir con la obligacion religiosamente. En diciembre de 1863, una tempestad rompió la cadena del faro flotante de Dunkerque, y el capitán y la tripulacion se salvaron milagrosamente, gracias á la fortaleza de ánimo que generalmente acompaña á los que prestan estos servicios.

## A NUESTROS ABONADOS.

Siendo muchos los señores suscritores que se dirigen á la administracion de este periódico, solicitando conocer las bases del que hace años venimos publicando con el título de

**LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,** nos ha parecido conveniente incluir en el presente número un ejemplar de su prospecto.

Aun cuando en el de EL MUSEO hemos manifestado ya la ventaja que obtendrán sus abonados, si quieren recibir *La Moda elegante ilustrada*, debemos repetir para los que en ella no se hayan fijado, que por la circunstancia de pertenecer ambas publicaciones á un mismo editor, hacemos la cuarta parte de rebaja en el precio del abono; por consiguiente los señores suscritores por un año á EL MUSEO UNIVERSAL tienen derecho á recibir por el mismo tiempo la primera edicion (lujo) de *La Moda elegante ilustrada* por sólo 120 reales en vez de 160, y la segunda (económica) por reales vellon 90 en vez de 120 que es su valor.

Los que deseen adquirirla pueden dirigirse al administrador de EL MUSEO UNIVERSAL, acompañando al pedido su importe en libranzas del giro mútuo ó letras de fácil cobro.

Madrid 28 de febrero de 1869.

El editor

A. DE CARLOS.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La raza negra en Cuba está llamando á las armas á morenos y blancos.

**ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.**

ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NÚM. 4.—MADRID.  
IMPRESA DE GASPARY ROIG.